

Amaral, Samuel

Working Paper

Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda

Serie Documentos de Trabajo, No. 313

Provided in Cooperation with:
University of CEMA, Buenos Aires

Suggested Citation: Amaral, Samuel (2005) : Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda, Serie Documentos de Trabajo, No. 313, Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (UCEMA), Buenos Aires

This Version is available at:
<https://hdl.handle.net/10419/84308>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Die Dokumente auf EconStor dürfen zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden.

Sie dürfen die Dokumente nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, öffentlich zugänglich machen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Sofern die Verfasser die Dokumente unter Open-Content-Lizenzen (insbesondere CC-Lizenzen) zur Verfügung gestellt haben sollten, gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der dort genannten Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

Terms of use:

Documents in EconStor may be saved and copied for your personal and scholarly purposes.

You are not to copy documents for public or commercial purposes, to exhibit the documents publicly, to make them publicly available on the internet, or to distribute or otherwise use the documents in public.

If the documents have been made available under an Open Content Licence (especially Creative Commons Licences), you may exercise further usage rights as specified in the indicated licence.

Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda¹

Samuel Amaral

RESUMEN

Silvio Frondizi fue uno de los teóricos que dio origen a la nueva izquierda de los sesenta. Aunque ésta surgió alrededor de 1960. Las raíces teóricas de la nueva izquierda se hunden en los debates del marxismo de las décadas anteriores. El papel de Silvio Frondizi, sin embargo, fue más de partero que de guía teórico. Su principal contribución fue la creación, a mediados de la década del cincuenta, del primer grupo de izquierda que no reconocía sus antecedentes en el Partido Comunista (PC) ni en sector alguno del trotskismo, el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) Praxis.

Es interesante la interpretación de Frondizi del peronismo quien lo hizo desde la perspectiva de su teoría de la integración. Según ésta, la economía mundial se había unificado bajo el predominio del imperialismo norteamericano, por lo que las condiciones objetivas de la revolución estaban presentes en la Argentina y América Latina. Esa revolución no podía ser sino la revolución socialista, porque la burguesía nacional había fracasado, al menos en la Argentina, en su último intento de revolución democrático burguesa, que había sido el peronismo. Caracterizó al peronismo como demagogismo y dictadura policial (pero no clasista), encontró que tenía aspectos positivos y negativos. Los aspectos positivos eran la integración de la masa a la vida política y el desarrollo de su conciencia de clase. El aspecto negativo era que el peronismo tras su fracaso en concretar la revolución democrático burguesa estaba siendo abandonado por la clase obrera y tras ganar el apoyo de la pequeña burguesía se deslizaría hacia el fascismo clerical o falangismo. La solución para esto era la revolución socialista.

¹ Las opiniones de esta publicación son responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

Silvio Frondizi fue uno de los teóricos que dio origen a la nueva izquierda de los sesenta. Aunque ésta surgió alrededor de 1960, más como consecuencia de la ruptura de la hegemonía en el campo comunista al hacerse público el conflicto chino-soviético, y de la aparición de los movimientos de liberación nacional de Africa y Asia y, especialmente, de la Revolución Cubana, las raíces teóricas de la nueva izquierda se hunden en los debates del marxismo de las décadas anteriores. El papel de Silvio Frondizi, sin embargo, fue más de partero que de guía teórico. Su principal contribución fue la creación, a mediados de la década del cincuenta, del primer grupo de izquierda que no reconocía sus antecedentes en el Partido Comunista (PC)² ni en sector alguno del trotskismo, el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) Praxis. En su acción política, particularmente entre la juventud universitaria, el MIR se benefició de dos hechos en los que no tuvo ninguna influencia, pero para los que tenía una respuesta más adecuada que otros sectores de la izquierda: el giro de Arturo Frondizi en 1958, que alejó a esa juventud de su gobierno, y la Revolución Cubana en 1959, que esa misma juventud podía percibir que no se había producido de acuerdo con el modelo leninista aceptado por stalinistas y trotskistas.

Silvio Frondizi llegó al marxismo a través de sus lecturas, no de la militancia partidaria.³ Su marxismo estaba desprovisto de los códigos comunes de quienes lo habían adquirido y desarrollado en la lucha política. Esta característica le permitía tomar distancia de algunos mitos de la izquierda, especialmente de la Unión Soviética, pero al mismo tiempo le daba a sus argumentos un tono demasiado cándido. Frondizi no era un político sino un profesor de teoría

² Toda mención al PC en este capítulo se refiere al Partido Comunista de la Argentina.

³ Sobre Silvio Frondizi, véase Tarcus (1996), que contiene información sobre su vida, su acción política y sus contribuciones teóricas.

política: su comercio era con las ideas, no con las rudezas de la práctica política. Su entrada en la política se produjo desde la cátedra y a través de sus libros. Justificaba su falta de contacto directo con la clase revolucionaria en el hecho de estar formando cuadros para la revolución. Su forma de hacer política, sin embargo, no le impedía usar los instrumentos retóricos tan familiares a los otros marxistas, particularmente cuando se trataba de descalificar a los rivales, aunque también en este campo era un aprendiz cuando se lo compara con Codovilla, Puiggrós, Ramos, Astesano, Buezas o Esteban.

Fronzizi había publicado en 1945 un estudio sobre *El estado moderno*, que tuvo dos ediciones posteriores en 1954 y 1960, pero esta obra era de carácter académico. Su primer escrito político fue “La crisis política argentina”, un folleto de 1946, seguido al año siguiente por lo que él consideraba su mayor contribución teórica, “La integración mundial: última etapa del capitalismo”.⁴ La principal obra de Fronzizi es, sin embargo, *La realidad argentina*, libro en dos tomos, escritos en 1953 y 1954, publicados en 1955 y 1956, en el que recoge y expande sus contribuciones anteriores.⁵ El primer tomo, cuyo subtítulo es “El sistema capitalista”, incluye un análisis de la economía capitalista mundial, donde expone su teoría de la integración y estudia la acción de la potencia integradora, Estados Unidos, y su acción sobre la economía mundial y latinoamericana. También analiza allí la economía argentina: los antecedentes históricos del capitalismo nacional; la tentativa peronista de revolución democrático burguesa; la acción del

⁴ Fronzizi (1946) y (1947). El primero fue reimpresso en Fronzizi (1958), 19-62.

⁵ Hay una segunda edición del primer tomo de 1957 y otra del segundo de 1960, que son las que han sido consultadas. La “Advertencia a la segunda edición” del primer tomo indica que ella “reproduce textualmente” la primera edición, “sin más correcciones que las exigidas por errores tipográficos determinados por las precarias condiciones en que debió cumplirse la edición original. El “Prólogo de la segunda edición” del segundo tomo contiene un trabajo de Fronzizi de 1959, “Interpretación materialista dialéctica de nuestra época”, pero el texto de esa segunda edición es el mismo que el de la primera. Cf. Fronzizi (1957) y (1960) y Tarcus (1996), 124-141. La exposición que sigue se diferencia de la de Tarcus en dos aspectos: en primer lugar, mientras que Tarcus sitúa a *La realidad nacional* dentro del contexto del pensamiento marxista y de la política contemporánea, aquí se examina la

imperialismo sobre la economía argentina; y la crisis de la experiencia nacional-burguesa (esto es, del peronismo). Completa su análisis de la economía argentina con los de las clases sociales y de los partidos políticos. El espacio que dedica a cada uno de los temas es muy desigual: mientras que el análisis de la economía capitalista mundial ocupa 94 páginas y el de la economía argentina 132 páginas, el de las clases sociales sólo requiere 18 páginas y el de los partidos políticos, 68 páginas. Puede pensarse que los aspectos económicos son para Frondizi mucho más importantes que los sociales y los políticos o que él no era un enamorado de la simetría. Ese desequilibrio se debe, sin embargo, al método de Frondizi, más adepto a las pinceladas gruesas, recargadas de información que juzga sugerente, que al refinamiento analítico. Así, en el espacio dedicado a las clases sociales en realidad trata solo de la clase media;⁶ aunque resulte paradójico en un autor que se proclama marxista, no hay un análisis de la composición de clases de la Argentina, ni de la condición de la clase obrera.

El segundo tomo de *La realidad argentina* está dedicado a ‘La revolución socialista’. Los dos capítulos en que se divide tratan de la revolución democrático burguesa y de la revolución socialista, de una manera también desigual ya que el primero de ellos requiere 207 páginas y el segundo, si se descuentan las numerosas páginas en blanco que separan las distintas subsecciones, sólo 23 páginas. En el primero Frondizi considera la teoría de la revolución democrático burguesa, según está expuesta en los escritos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, que son citados, como en el resto del tomo, profusamente, y la práctica de esa revolución. Esta última sección está

lógica interna de la visión de Frondizi; en segundo lugar, porque Tarcus es demasiado piadoso con el texto, hasta el punto de evitar hacerle preguntas incómodas, reveladoras de sus inconsistencias.

⁶ En las páginas dedicadas a la clase media hay una larga transcripción de un escrito de Gino Germani, ‘La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos’, que termina señalando que así como ella fue durante la primera parte del siglo un elemento de estabilidad democrática, en otros casos su acción había sido antidemocrática, y señalaba las condiciones que debían darse para que la clase media continuase con su función estabilizadora. Frondizi concluye las siete páginas de la transcripción con un brevísimo y críptico comentario: ‘Veremos en los capítulos siguientes, la respuesta que el autor no se atrevió a dar con claridad en su interesante

integrada por siete subsecciones dedicadas en apariencia, según los títulos, a examinar el papel de la burguesía nacional en la revolución democrático burguesa, pero en realidad a una crítica detallada de las posiciones políticas de las distintas agrupaciones de la izquierda argentina, desde el PC hasta los más ínfimos grupos trotskistas, con el fin de demostrar, especialmente en el caso de aquel, su escaso apego a la teoría marxista. En el segundo capítulo, sobre la revolución socialista, se advierte claramente la principal dificultad de Frondizi, que consiste en pasar del análisis teórico al desarrollo de una línea política: en las páginas que tendría que haber dedicado a explicar sus propuestas concretas de acción derivadas del análisis anterior, cae nuevamente en la generalización teórica, sin precisar las consecuencias prácticas para la acción política de sus diferencias con los otros agrupamientos de la izquierda respecto de la interpretación de la realidad argentina.

A pesar de esto, no cabe duda de que *La realidad argentina* fue en su momento el principal esfuerzo analítico llevado a cabo por un marxista argentino y que, por la falta de afiliación de Frondizi con las corrientes políticas marxistas más o menos institucionalizadas, jugó un papel clave en la sustentación teórica de una nueva izquierda, que con él y su agrupamiento comenzó a surgir al margen del stalinismo aún dominante y del trotskismo que lo desafiaba pero que compartía buena parte de sus principales supuestos. Por esto, cuanto Frondizi dice allí sobre el peronismo y sobre la revolución socialista tiene una relevancia mucho mayor que la que su escasa fortuna en la práctica política permite suponer. Pero como en ese aspecto aun el más exitoso de sus competidores, el PC, tampoco podía mostrar realizaciones espectaculares, es necesario considerar el aporte de Frondizi por cuanto agrega a la difícil tarea de explicar al peronismo desde una perspectiva marxista.

ensayo”. La respuesta está dictada por la ideología y no por el análisis.

La comprensión de la interpretación de Frondizi del peronismo requiere prestar atención en primer lugar a su teoría de la integración, que es su marco general para el análisis de la situación de los países semicoloniales, entre los que ubicaba a la Argentina. El surgimiento del peronismo se explica tanto por los condicionamientos señalados por esa teoría como por factores puramente políticos, coyunturales, que se examinan en la primera sección. La caracterización del peronismo y el balance de los aspectos positivos y negativos del régimen peronista son examinados en la segunda sección, que define la posición de Frondizi frente a los otros sectores de la izquierda, cuyas interpretaciones de la cuestión del papel de la burguesía nacional en la revolución democrático burguesa y frente al imperialismo son criticadas en la tercera sección. La cuarta sección estudia la posición de Frondizi respecto de la revolución socialista.

1. La teoría de la integración y el surgimiento del peronismo

Cuando Frondizi escribió *La realidad argentina* el marxismo tenía ya un siglo de historia. A lo largo de ella mucho había cambiado respecto de la realidad en que se había originado y mucho más aún respecto de las previsiones de Marx. La misma oscuridad de esta había dado lugar a interpretaciones divergentes de su legado, pero desde el triunfo de la Revolución Rusa prevaleció la interpretación leninista. Contra ella se rebela Frondizi. En las casi cuatro décadas que habían pasado desde 1917 el mundo había seguido cambiando, en buena medida debido a la presencia del ‘estado obrero’, de modo que parecía necesario revisar su contribución para adecuarla a los nuevos tiempos. Esa fue la empresa que se asignó Frondizi.

‘Cada estadio del desarrollo de las sociedades humanas’, dice Frondizi, ‘presenta problemas concretos que éstas deben resolver para poder continuar su marcha ascendente; y cada

región, país, etc. plantea a su vez dentro del marco general, problemas específicos”.⁷ Esta afirmación parece singularizar cada proceso revolucionario nacional, pero Frondizi solo establece una diferencia: entre los grandes centros industriales y los países coloniales y semicoloniales. Los grandes centros industriales (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Japón), señala, resolvieron sus problemas económicos, sociales y políticos dentro del sistema capitalista, realizando lo que se había dado en llamar la revolución democrático-burguesa: ‘independencia nacional, reforma agraria, expansión industrial, democracia burguesa, etc.’⁸ Pero, continúa, la enorme masa periférica proveedora de materias primas, los países coloniales y semicoloniales (según el grado de dependencia respecto de los países centrales) no pudo acceder a los beneficios de la revolución democrático burguesa.

Estos países, dice Frondizi, enfrentaban condiciones distintas de las prevalecientes cuando los países centrales realizaron sus revoluciones democrático burguesas: éstas se habían producido en un período de ascenso del capitalismo, mientras que las de los países periféricos se daban en un momento de crisis y declinación del capitalismo. El problema consistía entonces en determinar cómo un país semicolonial, como era el caso de la Argentina, podía ‘en la fase actual del mundo’ realizar su revolución democrático burguesa y continuar su marcha hacia la revolución socialista.⁹ Para resolver ese problema Frondizi partía del análisis de las condiciones de la economía mundial.

El desarrollo del capitalismo, dice, había pasado por tres períodos: 1) el de la competencia nacional, hasta mediados del siglo XIX, estudiado por Marx; 2) el de la formación de los sistemas imperialistas nacionales, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, estudiado por Lenin; y 3) el de la integración mundial capitalista, a mediados del siglo XX, estudiado por él mismo. Las

⁷ Frondizi (1957), 11.

⁸ Ibid.

⁹ Id., 12.

nuevas condiciones que explicaban el tercer período eran: 1) ‘el enorme desarrollo de las fuerzas productivas mundiales y la consiguiente interdependencia económica’; 2) ‘la enorme intensidad alcanzada por las contradicciones internas en los países capitalistas, especialmente en los Estados Unidos’; y 3) ‘la franca ruptura del equilibrio que era uno de los fundamentos del período anterior, en favor de una potencia directora’, Estados Unidos.¹⁰ Otros dos factores operaban igualmente en favor de la integración: la Iglesia y la URSS. La primera, porque sus intereses económicos, ideología y tradición histórica se identificaban con ‘el sistema social vigente, y por lo tanto con sus tendencias dominantes y experimentos de equilibrio, v. gr. en este caso la marcha hacia la integración’. La segunda, por las consecuencias internas en las potencias capitalistas, ‘sobre todo en aquellas en las que las fuerzas de avanzada estaban a punto de dominar la situación’, ya que habían forzado el surgimiento del fascismo; y por las consecuencias internacionales, ya que las potencias capitalistas habían reaccionado acercándose unas a otras.¹¹

La integración del frente mundial capitalista bajo el liderazgo de Estados Unidos, continúa Frondizi, atenuaba la contradicción entre el capital imperialista y el capital nacional, por el dominio del primero sobre el segundo, lo que a su turno atenuaba las diferencias nacionales y universalizaba la situación política.¹² De su afirmación surgen dos consecuencias, una de ellas subrayada por él pero la otra no: la primera, que por el dominio del imperialismo sobre la burguesía nacional no había lugar para una revolución democrático burguesa; la segunda, que la revolución socialista era posible en cualquier parte, inmediatamente, y que el camino hacia ella era el mismo en todas partes, o al menos en todos los países semicoloniales.

¹⁰ Id., 21-22.

¹¹ Id., 25.

¹² Id., 24.

La teoría de la integración tenía también un componente dialéctico: debido al carácter autocontradictorio del capitalismo, afirma Frondizi, las fuerzas integradoras también actuaban como fuerzas desintegradoras, las que en última instancia prevalecerían. Estas fuerzas oponían una rama de la producción a otra, un país a otro. La característica del momento, dice, “dado el estado crítico del capitalismo mundial” y “el parasitismo de la potencia dominante”, era una “tremenda lucha por la propia supervivencia entre las potencias menores”, que quedaba al descubierto “en la total dislocación del comercio mundial”.¹³

Otra “fuerza desintegradora importantísima” era “la presencia en el escenario internacional de potencias de tendencia socialista, tales como la URSS, Yugoslavia, las Democracias Populares y China, que económica y políticamente van dislocando al sistema capitalista”.¹⁴ Esto se debía, según Frondizi, a que ellas reducían el área explotable por Estados Unidos, que al mismo enfrentaba una crisis general que lo llevaba a intensificar la explotación del mundo. Así sólo quedaban dentro del área explotable una parte de Oriente, Africa y América Latina. La reducción del área explotable producía una mayor explotación imperialista en esas regiones y una mayor explotación interna dentro de cada país, tanto por el imperialismo como por el capitalismo nacional y, por lo tanto, una mayor tensión social. Como lo había demostrado la experiencia rusa, dice Frondizi, la ruptura de la cadena se produciría en los eslabones más débiles, uno de los cuales era América Latina.¹⁵

La Argentina estaba entonces dentro de una de las áreas explotables en las que podía producirse esa ruptura, es decir, la revolución socialista. Pero la probabilidad de que ello sucediera estaba determinada por el grado de dependencia o independencia del capital nacional

¹³ Id., 26.

¹⁴ Id., 26.

¹⁵ Id., 71-72.

frente al imperialismo y por sus propias posibilidades como capitalismo. El problema a resolver era entonces la posibilidad de una revolución democrático burguesa en la Argentina y en qué medida el peronismo se había acercado a ella.

La Argentina era para Frondizi un país semicolonial, aunque en un grado menor que otros países latinoamericanos. El capital imperialista, en complicidad con los sectores nativos terratenientes y vinculados al comercio exterior, explotaban el trabajo y la riqueza nacional, dentro de una estructura política formalmente independiente. Esa situación se había modificado debido a la depresión y a la segunda guerra mundial, que ‘habían hecho comprender a los miembros de la oligarquía terrateniente en el poder’ los inconvenientes de una economía sin defensa contra las dislocaciones del mercado y de la política mundiales. La respuesta había sido el intervencionismo estatal y el fortalecimiento del aparato represivo, con un papel preponderante del ejército.¹⁶ El capitalismo de estado era una tendencia del desarrollo capitalista mundial reciente, tanto en los capitalismos avanzados como en los países semicoloniales. En los países latinoamericanos, el estado se había fortalecido por la descomposición económica de la burguesía nacional, acosada por la crisis general del imperialismo.¹⁷ En la Argentina, la evolución hacia el capitalismo de estado había comenzado en 1930, cuando las atribuciones del estado fueron ampliadas para defender a los intereses agropecuarios y aumentar el control sobre posibles convulsiones sociales.

Dentro de este marco general, Frondizi pasa revista a los acontecimientos políticos que precedieron al surgimiento del peronismo. Aunque al establecer el marco general no hace lugar para los factores políticos, de hecho ellos también juegan un papel clave en su análisis. Frondizi no explica cuál es la interrelación entre el marco general y los factores políticos contingentes, pero su

¹⁶ Id., 142.

análisis de estos concede un considerable margen a la acción individual, al menos para determinar el tiempo y el modo.

La restauración conservadora del treinta, según Frondizi, había fracasado y solo pudo extender su predominio mediante la fuerza. Justo había mantenido el equilibrio entre las fuerzas políticas y el ejército, pero Castillo creyó que el perfeccionamiento del fraude era suficiente para asegurar la continuidad de su autoridad, sin advertir que ella estaba basada en la fuerza y que ésta se encontraba en manos del ejército.¹⁸ Este perdió así interés en la estabilidad del gobierno, al mismo tiempo que el desprecio de Castillo al “pueblo miserable e ignorante” hacía crecer a las fuerzas de la oposición. Ante ese peligro, que lo amenazaba tanto como al gobierno, el ejército quiso negociar, pero fue en vano: por eso se decidió a actuar. La revolución del 4 de junio de 1943 (Frondizi no duda en llamarla revolución, lo que muestra su distancia de los rígidos conceptos del PC) tuvo por objeto “salvar a las fuerzas reaccionarias del país, amenazadas por la incapacidad de sus gobernantes”.¹⁹

De esta manera, señala Frondizi, se produjo un movimiento revolucionario intrascendente que luego marcó una época en la vida política nacional. El golpe militar, continúa (abandonando el análisis de las conductas individuales para pasar al de la dinámica social), tuvo lugar en un momento peculiar de la historia social argentina: la oligarquía argentina se hallaba escindida por conflictos internos, tal como sucedía con la nueva burguesía surgida y fortalecida por el proceso industrial acelerado desde 1935. Este sector de la burguesía se sentía postergado y aspiraba a remodelar el estado para que sirviera a sus intereses y le proporcionase mano de obra abundante y barata, paz social, créditos a bajo precio y mercados dentro y fuera del país. La falta de conciencia

¹⁷ Id., 142.

¹⁸ Id., 274.

¹⁹ Id., 275.

clara de sus propios intereses la hizo dividirse frente a la nueva situación.²⁰ Así se produjo el encuentro de un sector de la burguesía con el ejército, del que saldría el peronismo.

La presión de las masas populares, que ya se estaba ejerciendo sobre los gobiernos oligárquicos, dice Frondizi, estalló al producirse el golpe militar. El nuevo gobierno, carente de base popular, debió buscar una salida política. Quien la encontró fue Perón, que “con clara visión” captó rápidamente tanto las posibilidades de éxito político de la presión proletaria como el riesgo que ella implicaba. Así para Frondizi, Perón tuvo un papel tan activo como el del proletariado en el surgimiento del peronismo. De esta manera Frondizi pone la acción de un individuo en el mismo plano que la de una clase. Sus objetivos, sin embargo, diferían: Perón, señala, aspiraba a “desarrollar y canalizar simultáneamente la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente primero y de las clases explotadoras luego”.²¹ ¿Cómo fue posible para Perón canalizar el apoyo del proletariado? ¿Cómo pudo un individuo imponer su voluntad a la clase revolucionaria? ¿Por qué esa clase apoyó a un dirigente externo y permitió que éste la usara en beneficio propio y de otra clase?

Frondizi no se hace estas preguntas (aun cuando algunas respuestas se encuentran en su libro), pero debe subrayarse que en su explicación entran (aunque en distintos lugares de su obra) los actores individuales (Justo, Castillo, Perón), institucionales (el ejército) y sociales (la clase obrera; la burguesía nacional, escindida o no). Esa flexibilidad en el análisis del surgimiento del peronismo, algo que otros marxistas seguramente consideraron como una grave inconsistencia, no se mantiene en el del régimen peronista, donde regresan con toda su fuerza los actores sociales. Eso se advierte a partir de su omisión del 17 de octubre de 1945 y del proceso político que llevó a

²⁰ Id., 275. La escisión o no de la burguesía nacional era un motivo de debate entre los marxistas, especialmente los que estaban bajo la influencia de Mao, como Puiggrós y Astesano. Frondizi usa el concepto, pero no hace referencia a ese debate.

Perón a la presidencia, caracterizado por la fuerte participación de los sindicatos, a través del Partido Laborista. La clase obrera del análisis de Frondizi es una categoría de análisis social abstracto más que la referencia a una realidad concreta. Por eso Frondizi entra en el análisis del peronismo sin detenerse en ese momento clave, que dio lugar a tanto debate en el seno de la izquierda.²²

La experiencia peronista, dice Frondizi, fue posible también por una coyuntura internacional propicia: el imperialismo inglés estaba en decadencia y, debido a la guerra, aun no había comenzado a actuar el imperialismo yanqui.²³ Ese aflojamiento en la presión imperialista, continúa, hizo creer a Perón en la posibilidad de concretar la revolución nacional democrático burguesa (no era éste, por cierto, el lenguaje de Perón, sino la traducción por Frondizi de sus intenciones al lenguaje marxista de la época).

El peronismo surgió, entonces, según Frondizi, como consecuencia de la acción de individuos y de clases sociales en un determinado contexto internacional, caracterizado por el predominio mundial del imperialismo norteamericano, y en un determinado contexto nacional, caracterizado por la escisión de la burguesía. Una parte de esta se alió con el ejército, que había sido atraído hacia la política tanto por la mayor necesidad de su intervención con fines represivos cuanto por la incapacidad de un gobernante. Un individuo, Perón, había jugado un papel crucial en el encauzamiento de la presión de las masas y éstas habían seguido a un conductor perteneciente a otra clase y que las ponía a su servicio y al de esa otra clase. Como para los marxistas la clase obrera era el sujeto de la historia, la respuesta a la pregunta de cómo había sido

²¹ Id., 276.

²² En el seno del PC, la disidencia de Puiggrós y la célula de los ferroviarios, tratada en Amaral (2000). En el trotskismo, entre el grupo de *Frente Obrero*; el Grupo Obrero Marxista, liderado por Nahuel Moreno, que publicaba *Frente Proletario*; la revista *Octubre*, de Jorge Abelardo Ramos; y el periódico *Voz Proletaria*, de J. Posadas. Cf. Galasso (1983), 58-66.

²³ Frondizi (1957), 291.

eso posible no era una cuestión menor. Frondizi responde de algún modo a ella al definir la caracterización del régimen peronista.

2. Caracterización y balance del peronismo

Frondizi define al peronismo como el representante directo de la burguesía argentina, tanto del sector industrial como del terrateniente (que se habría reunificado así tras la escisión que había permitido su surgimiento). La representación era ejercida por una burocracia que se había independizado “parcial y momentáneamente” de esa burguesía, por lo que el peronismo era, en definitiva, esa burocracia autonomizada. El peronismo era, por lo tanto, bonapartista.²⁴ Esta caracterización del peronismo ponía al descubierto las divergencias de Frondizi con los otros sectores de la izquierda.

El bonapartismo, señala Frondizi, era el aprovechamiento del empuje de las masas populares en favor del capitalismo. Perón había logrado hacerlo por “la falta de cultura general, particularmente política, de las masas y por el exceso de individualismo que caracteriza a la sociedad moderna”. La primera parte de esta afirmación remite a un tópico del antiperonismo no marxista: la ignorancia de las masas; pero la segunda parte es más novedosa: “el individualismo sin base de sustentación cultural significa desorientación, desesperación y, finalmente, entrega incondicional a un amo”.²⁵ Es decir, la anomia de Germani, aunque Frondizi no explica su origen por el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, ni siquiera como resultado del proceso de migración rural-urbana que acompañó a la industrialización de los años treinta y

²⁴ Id., 146.

²⁵ Id., 282.

cuarenta.²⁶ El “exceso de individualismo” es para Frondizi simplemente un dato de la sociedad moderna.

El peronismo es también caracterizado por Frondizi como un “proceso demagógico”, que tenía sus antecedentes en las luchas producidas entre la clase industrial y la terrateniente (es decir en la escisión de la burguesía), ya que “todas las veces que aquélla quiso desalojar del poder a ésta se apoyó en el sector obrero, concediéndole algunas mejoras o ilusionándolo con la posibilidad de su conquista”.²⁷ Ante la irrupción de las masas populares en la vida política, el capitalismo trataba de encauzarlas favoreciendo a la clase obrera, por lo menos al comienzo, con medidas sociales. Para Frondizi, la “política de ayuda obrera” del peronismo se realizaba en muy pequeña escala, si es que se realizaba, pero se le daba una apariencia gigantesca por medio de la desvalorización de la moneda, que permitía engañar a las masas obreras con supuestos aumentos de jornales.²⁸ En un aspecto central de su política, la política social, según Frondizi, el peronismo engañaba a las masas (el PC ya lo había sugerido en 1947 y lo afirmaba abiertamente desde 1950).

Esta situación se daba, para Frondizi, por una contradicción del sistema capitalista que demostraba su inevitable bancarrota: la incapacidad para resolver sus dificultades. El gobierno no podía tomar medidas directas para salvar sus crisis económicas porque dependía del voto de las masas. Por eso debía recurrir a “mentiras y ficciones” como, por ejemplo, reducir los salarios reales elevando los precios, en lugar de reducir los salarios monetarios.²⁹ Si hiciera esto habría una reacción obrera y perdería votos, por lo que el gobierno se vería en la necesidad de terminar con el régimen pseudodemocrático e implantar un régimen de fuerza. El “demagogismo” llevaba a la

²⁶ Germani (1956). Véase infra n. 35.

²⁷ Frondizi (1957), 282.

²⁸ Id., 283.

²⁹ Id., 283.

aceleración de la crisis del capitalismo, lo que probaba para Frondizi la imposibilidad de la coexistencia entre el sistema capitalista y el régimen democrático.³⁰

La acentuación de las contradicciones sociales producidas por el proceso demagógico, sigue Frondizi, enfrentaba al capitalismo con dos salidas: una, continuar con dicho proceso hasta terminar con el propio sistema; otra, el empleo de la fuerza. La primera salida debía ser descartada porque implicaba el suicidio del sistema. Sólo quedaba la segunda y ese régimen, dice, había pasado a la historia con el nombre de ‘fascista o totalitario’.³¹ La conclusión de Frondizi era que el peronismo era un régimen bonapartista que conducía al fascismo.

El régimen peronista era bonapartista porque se apoyaba en las clases extremas, el gran capital y el proletariado, mientras que la pequeña burguesía y la clase media sufrían el impacto económico-social de la acción gubernamental. En el fascismo, dice Frondizi sin apartarse de la visión prevaleciente en la época, la pequeña burguesía era la clase activa, la fuerza social de choque del gran capital, por lo que la represión del proletariado estaba a cargo de esa clase, pero eso no sucedía bajo el peronismo. Era necesario distinguir, decía, “entre dictadura clasista y dictadura policial”.³² El peronismo era lo segundo.

Para corroborar su afirmación de que el peronismo era bonapartista, Frondizi analiza no la relaciones del gobierno con las diferentes clases sociales sino la doctrina justicialista a través de los discursos y escritos de Perón.³³ De tal examen concluye que el peronismo, que “como mil veces en la historia” había pretendido elevarse por encima de las clases sociales y erigirse en árbitro del sistema, no era sino un sirviente del gran capital y como tal realizaba su obra a través

³⁰ Id., 283.

³¹ Id., 285.

³² Id., 292.

³³ Id., 292-296.

de la conducción de las masas, es decir, “a través de una acción demagógica”.³⁴ Perón, que se consideraba a sí mismo un conductor, no adquiere relieve singular en la explicación de Frondizi, sino que es una parte indiferenciada de esa burocracia autonomizada. Tampoco la clase obrera ni los sindicatos son identificados como parte de ese régimen: aquella nunca pierde su pureza teórica; estos nunca son mencionados.

Frondizi caracteriza al peronismo como régimen bonapartista, demagogismo y dictadura policial, pero no como un régimen fascista ni como una dictadura de clase. El peronismo estaba condenado al fracaso y a ser sucedido, si no se producía una revolución socialista, por el falangismo. No parecía nada alentador, no ya desde una perspectiva democrática, ajena a Frondizi, sino desde su misma perspectiva revolucionaria, pero él era optimista y pensaba que igualmente podría darse la revolución socialista.

Frondizi se muestra más libre de ataduras que los otros marxistas al hacer un balance del peronismo. Aunque su ambición era desarrollar una interpretación verdaderamente marxista y una línea política acorde con ella, su empresa era, a su pesar quizás, más intelectual que política. Su compromiso, en consecuencia, era mayor con el análisis que con la acción. Esta requiere certidumbres, mientras que aquel se basa en la duda. Él no podía conformarse con una visión en blanco y negro del peronismo: por el contrario, debía enfatizar los matices. Él podía distinguir “entre promesa y realidad”, entre los aspectos positivos y los negativos.

El aspecto positivo fundamental era “la incorporación de la masa a la vida política activa”.³⁵ Aunque esa incorporación, que la había liberado psicológicamente, se había realizado

³⁴ Id., 296.

³⁵ “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” es el título con que se publicó, a mediados de 1956, la primera interpretación que hizo Gino Germani del peronismo. Cf. Germani (1956). Aunque el marco interpretativo de Frondizi y Germani difiere, llama la atención esta coincidencia en cuanto al significado del peronismo. Frondizi y Germani se conocían, ya que ambos daban cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Nicolás Babini conoció allí al segundo en un seminario del primero. La filial Bahía Blanca de esa

“con fines políticos personales e inmediatos”, produjo una acentuada politización de la masa, “í ncluso de sus capas más bajas”. Perón había hecho participar al obrero en la vida pública, “áunque a distancia... haciéndole escuchar a través de la palabra oficial y desde los mismos balcones de la Casa de Gobierno, el planteamiento de problemas políticos de fondo, tanto nacionales como internacionales”.³⁶ A pesar de que Frondizi subrayaba la incorporación de la masa a la vida política activa, esa participación había sido pasiva, escuchando a distancia. Frondizi no resuelve esta contradicción entre la actividad o pasividad de la masa debida al peronismo, pero debe señalarse la importancia que asigna al discurso, a la palabra, como generadora de la participación, aun cuando no desarrolle esta idea.

Las consecuencias del peronismo para la masa iban, sin embargo, más allá de su participación política, fuese ella activa o pasiva. La dirección política capitalista (se trata de Perón, por supuesto, y si bien Frondizi no tiene empacho en mencionar su nombre, al designarlo de esta manera subraya la función que para él cumplía) no otorgaba en realidad ninguna ventaja económica al obrero pero, al apoyarse en él, “le desarrolla la conciencia de clase y le da suficiente personalidad como para sentirse amo del Estado”. Se producía así “una maduración acelerada de la clase obrera, que hubiera necesitado muchos años de luchas sociales para llegar al mismo resultado”.³⁷ Esa maduración, dice Frondizi, se debía tanto al proceso demagógico en sí cuanto a la lucha entre fracciones demagógicas, que se esforzaban en la carrera por satisfacer a las demandas populares. Resulta paradójico, sin embargo, que para un marxista (más aún un marxista que se inspiraba en Rosa Luxemburg) la conciencia de clase pudiese ser desarrollada por factores

institución anunciaba la realización en 1956 de dos cursillos: uno de Germani sobre “La crisis contemporánea y el totalitarismo”, en julio; otro de Frondizi, sobre “El problema de la libertad”, en agosto. Aunque sea difícil determinar cuál de ellos influyó sobre la interpretación del otro, no hay duda de que tenían entonces preocupaciones comunes. Cf. Germani (2004), 366 y 409.

³⁶ Id., 297.

³⁷ Id., 284.

externos, generados por una burocracia, y no exclusivamente a partir de las luchas de la clase obrera. Esta visión escéptica de la autonomía de la clase obrera es consistente, sin embargo, con la que Frondizi tenía de su propio trabajo político en favor a la revolución socialista, que para él debía concentrarse en la formación de cuadros dirigentes. Pero al menos Frondizi se niega a ignorar un fenómeno característico del peronismo, que otros autores han definido como la ruptura de la deferencia o como un nuevo significado de la libertad.³⁸

El debilitamiento de la estabilidad capitalista, tanto en el terreno económico como en el político, era un tercer aspecto positivo del peronismo. En el aspecto económico, la propiedad privada había sido mantenida en los textos legales y defendida con energía, pero el gobierno la había avasallado, ‘destruyendo patrimonios y elevando otros’. En el aspecto político, el peronismo estaba destruyendo a los partidos políticos, ‘o mejor dicho la situación objetiva estaba produciendo la desintegración de los partidos políticos y el peronismo era el agente ideológico de esa desintegración’.³⁹ No es difícil imaginar por qué un marxista podía ver algo positivo en un régimen que avasallaba la propiedad privada, aun cuando el avasallamiento no condujera a su extinción, pero en cuanto a la desintegración de los partidos políticos, solo teniendo en cuenta que los consideraba a todos como representantes de alguna clase podía resultar positivo que se desintegraran aquellos que no representaban a la clase obrera.

La destrucción de la unidad del ejército era el cuarto aspecto positivo del peronismo. La acción del gobierno había producido una oposición entre la oficialidad peronista y la antiperonista y otra entre la oficialidad y la suboficialidad.⁴⁰ Aunque no explica tampoco en este caso por qué era positiva la destrucción del ejército, es fácil adivinarlo: para Frondizi era parte del aparato

³⁸ Germani (1956); Torre (1989). Sobre la interpretación de Germani, véase Amaral (2002-2003).

³⁹ Frondizi (1957), 299-300.

⁴⁰ Id., 300.

represivo de la burguesía y por lo tanto su debilidad sólo podía ser beneficiosa para la clase obrera.

La destrucción de la juridicidad burguesa era el quinto aspecto positivo del peronismo. Nada había quedado sin ser tocado: la “sacrosanta Constitución Nacional ha perdido su virginidad” y el poder judicial “ha sido atacado y pisoteado cien veces, poniendo al descubierto su carácter de servidor de una situación”. De esa manera se aceleraba el proceso de descomposición de la sociedad burguesa”. El mérito de Perón desde una perspectiva revolucionaria, dice Frondizi, era “haber destapado la olla podrida de la sociedad burguesa y haberla mostrado tal cual es”.⁴¹ Resulta sorprendente que un representante de la burguesía, como era Perón para Frondizi, tuviese por principal mérito el haber revelado sus entrañas, pero eso no lo transformaba para él en un líder revolucionario.

Así, tres de los cinco aspectos positivos del peronismo señalados por Frondizi lo eran en un sentido destructivo de la sociedad burguesa: el debilitamiento de la estabilidad capitalista (por el avasallamiento de la propiedad privada y por la desintegración de los partidos políticos), la desunión del ejército y la violación de la juridicidad burguesa; y dos lo eran en un sentido constructivo del futuro socialista: la mayor participación política de la masa y el desarrollo de la conciencia de clase en los obreros. El peronismo, sin embargo, también tenía aspectos negativos. Frondizi dice que dejaba de lado algunos de ellos, como la iglesia y el ejército (a los que por omisión, ya que no aclara el sentido de esa inclusión, se debe suponer como parte del régimen peronista o muy ligados a él) y otros que no se vinculaban con “el problema social”, que era el hilo conductor de su ensayo.⁴²

⁴¹ Id., 300.

⁴² Id., 301.

El primer aspecto negativo era el “aventurismo” y la corrupción política, administrativa y personal de todo sistema bonapartista. Uno de los extremos del bonapartismo era el político dominante que caía en todos los excesos: a este régimen lo llamaba “pornocracia”.⁴³ Perón era incriminado directamente por Frondizi, pero sin dar detalles que quizás considerara superfluos por ser entonces de dominio público, al menos entre el público antiperonista.

El segundo aspecto negativo era la posición del peronismo en relación a la clase obrera y su aporte a la formación del estado totalitario. El movimiento obrero había sido estatizado y burocratizado desde el surgimiento mismo del régimen peronista. De esa manera se lo mantenía “en carriles perfectamente establecidos de antemano, haciéndole servir a las conveniencias de la clase dominante e impidiendo que tome un carácter autónomo y de defensa de los intereses auténticamente proletarios”.⁴⁴ Cómo una situación tal podía compatibilizarse con el desarrollo de la conciencia de clase, que poco antes había señalado como uno de los aspectos positivos del peronismo, es una pregunta que Frondizi deja sin contestar.

El movimiento obrero, aun estatizado y burocratizado, era temido por la clase dominante (¿bastaba ese temor para desarrollar la conciencia de clase?). Por eso, ante la contracción económica que producía desocupación, aumento del costo de vida y malestar obrero, el gobierno, como representante de la burguesía, había tomado medidas de contención. Por un lado, la creación de organizaciones paralelas a la CGT, antagónicas por su composición de clase, como la Confederación General de Profesionales, que tenían como única finalidad limitar su acción. Por otro, como eso no era suficiente, el gobierno necesitaba de un aparato represivo para contener la conmoción social y su tarea al respecto, dice, había sido “amplísima”.⁴⁵

⁴³ Id., 301.

⁴⁴ Id., 302.

⁴⁵ Id., 302-303.

Ese análisis de los aspectos positivos y negativos del peronismo era estático, pero para Frondizi las contradicciones del régimen imponían una dinámica que llevaba hacia su fin. Antes había analizado esa transición desde una perspectiva social y económica, mostrando cómo ‘las medidas demagógicas’ dislocaban el sistema capitalista y aceleraban su crisis,⁴⁶ pero faltaba detallar los aspectos políticos concretos. En tal sentido, Frondizi creía que el sector político del gobierno estaba siendo abandonado lentamente por la masa obrera y que el radicalismo, pequeño burgués y clerical, estaba listo para reemplazarla. La conjunción entre el totalitarismo representado por la burocracia del gobierno y la pequeña burguesía produciría ‘un fascismo sui generis, o mejor dicho falangismo, por su acentuado nacionalismo clerical’. Entonces, continúa, habría llegado ‘la hora cero para las fuerzas socialistas revolucionarias del país’.⁴⁷ La ‘hora cero’ no es un concepto preciso, pero indica el comienzo de algo. Si para Frondizi se trataba del comienzo de la revolución socialista, ella entonces comenzaría como producto de un proceso político exógeno a esas fuerzas y en el que la clase obrera, que naturalmente se contaría entre ellas, sólo participaba abandonando del peronismo. Es cierto que Frondizi aun no se ha ocupado de la revolución socialista, pero estas palabras revelan la imprecisión de su lenguaje, menos por la vaguedad de los conceptos que por la falta de atención a la continuidad y la articulación de su argumentación, algo que preocupaba más a Codovilla que a Ramos, pero que ninguno de los escritores marxistas argentinos contemporáneos descuidaba tanto como Frondizi.

La conclusión del balance dinámico de Frondizi es que la burguesía argentina había fracasado, y particularmente el peronismo como su representante, en la tarea de realizar la revolución democrático burguesa. ¿Era este fracaso culpa de las condiciones peculiares de la burguesía argentina o, por el contrario, era algo inherente a todas las burguesías semicoloniales?

⁴⁶ Id., 284.

Fronidzi opta por la segunda alternativa porque pensaba que las burguesías de los países coloniales dependían del capitalismo monopolista internacional y que la transformación social de los países semicoloniales llevaba a la decadencia de la clase media, a la polarización social, y a una presión cada vez más intensa del proletariado. La realidad argentina estaba determinada por la condición semicolonial del país, a la que el peronismo sólo había agregado una ilusión pasajera, la de realización de una revolución democrático burguesa, pero que no había modificado. Para Fronidzi el peronismo era sólo una anécdota en la historia de la lucha de clases en la Argentina y, como expresión de la burguesía nacional fracasada, no tenía para él ninguna participación en la futura revolución socialista.

‘La conclusión general del presente ensayo’, señala Fronidzi al final del primer tomo de *La realidad argentina*, ‘podría ser considerada como pesimista por aquellos que se aferran a un sistema en decadencia, pero no puede serlo para los que, como nosotros, no se atemorizan ante el futuro y creen en el progreso del hombre’, es decir, quienes creían en la inevitabilidad de la revolución socialista, a cuyo estudio dedicó el segundo tomo de su libro.⁴⁸

3. Crítica a la izquierda argentina

La burguesía nacional había caducado como fuerza progresista en la Argentina, concluía Fronidzi en el final del primer tomo, y si el país tuviera que depender de ella para superar la situación en que se encontraba, ‘caería en una forma de fascismo de tipo clerical’. Pero para él había otra vía para superarla: la revolución socialista. Antes de considerarla, sin embargo, examina la posibilidad de una revolución democrático burguesa tal como era vista por los fundadores del marxismo y por las diferentes fuerzas de izquierda que actuaban entonces en el país,

⁴⁷ Id., 330-331.

“p particularmente la comunista stalinista, que ha impregnado con su reformismo la posición política de muchas otras corrientes”.⁴⁹ Ese examen implicaba una revisión crítica de las posiciones políticas de la izquierda argentina y requería necesariamente considerar sus interpretaciones del peronismo.

Fronidzi basa su análisis de la teoría marxista de la revolución democrático burguesa en la teoría de Trotsky de la revolución permanente. Para Trotsky, ante la incapacidad de la burguesía de realizar la revolución democrático burguesa, el proletariado debía tomar el poder para completarla y continuar con la construcción del socialismo. Rusia había mostrado, dice Frondizi, el cumplimiento del primer aspecto de la teoría de la revolución permanente, el pasaje de la revolución democrática a la socialista y el comienzo del segundo, la profundización de la revolución socialista. Diversos factores (las condiciones objetivas que impidieron la continuación en cadena de las revoluciones socialistas en otros países y la acción retardataria de la burocracia stalinista) habían producido para Frondizi la detención y retroceso del segundo aspecto y el incumplimiento del tercero, la internacionalización de la revolución socialista, “única garantía de su triunfo definitivo”.⁵⁰ Frondizi ya había establecido la incapacidad de la burguesía argentina para llevar a cabo la revolución democrático burguesa, por lo que el camino hacia el socialismo en la Argentina pasaba para él por la revolución permanente, es decir por la toma del poder por el proletariado para completar las tareas democrático burguesas y continuar la marcha hacia el socialismo. Frondizi encara el análisis de las posiciones de la izquierda argentina desde esta perspectiva, determinando en cada caso cuanto se aproximaban o alejaban del concepto de la revolución permanente.

⁴⁸ Id., 333.

⁴⁹ Id., Frondizi (1960), 11.

⁵⁰ Id., 65-66.

El PC, dado su stalinismo, rechazaba la teoría de la revolución permanente. El origen de ese rechazo se encontraba en el viraje de la URSS después de la muerte de Lenin. Ante la ausencia de otras revoluciones socialistas y el “cerco capitalista”, los dirigentes soviéticos tomaron, “especialmente después del tercer período”,⁵¹ una posición defensiva, transformando a la III Internacional, y a través de ella a los partidos comunistas de todos los otros países, en un instrumento de su política internacional.⁵² Para ello, continúa Frondizi, abandonaron la teoría y la práctica revolucionarias, y aceptaron la teoría del socialismo en un solo país, la convivencia pacífica de los países capitalistas y socialistas y la colaboración de clases. La era stalinista de la III Internacional estaba caracterizada, dice Frondizi, por el empleo de métodos reformistas de colaboración con los partidos burgueses, ejemplificados por los frentes populares.⁵³ El PC sostenía, en consecuencia, la necesidad de completar la revolución democrática burguesa antes de pasar a la revolución socialista.

Frondizi, por el contrario, creía que las posibilidades de la revolución socialista en un país semicolonial debían evaluarse partiendo de la situación política mundial. Esta había cambiado con la segunda guerra mundial, que había tenido dos consecuencias principales: en el mundo capitalista, la hegemonía total de los Estados Unidos; y en el mundo socialista, la revolución china, que había quebrado la hegemonía de la URSS, marcando el fin de la era stalinista, caracterizada por la subordinación de los partidos comunistas a los intereses de la URSS (Frondizi se adelanta al conflicto chino-soviético, pero no explica las razones teóricas de esa rivalidad, ni se extiende en las consecuencias que ella podría tener para la lucha por la revolución socialista en los

⁵¹ El “tercer período” de la III Internacional comenzó con el VI Congreso, realizado en 1928, y se caracterizó por la consigna de “clase contra clase”, es decir, la asimilación de los partidos socialdemócratas con los partidos “burgueses”, liberales, conservadores o fascistas. Cf. Broué (1997), 492 y ss.

⁵² Id., Frondizi (1960), 67.

⁵³ El tercer período terminó con el VII Congreso en 1935, que privilegió la lucha antifascista y dio lugar a la formación de los frentes populares. Cf. Broué (1997), 649 y ss,

países semicoloniales). Las posibilidades revolucionarias de la izquierda en un país semicolonial estaban dadas, para él, por un lado, por la acción de esas dos fuerzas mundiales, el imperialismo y el bloque socialista, y por el otro, por la acción de las masas.⁵⁴

El primer problema para precisar esas posibilidades era, por lo tanto, determinar la relación entre el imperialismo y la burguesía nacional dentro de un país (el grado de dependencia de ésta respecto de aquél) y cómo la habían evaluado los partidos de izquierda. Dos corrientes, según Frondizi, luchaban entre sí: el stalinismo y su propia postura. El stalinismo, dice, aceptaba su teoría de la integración, pero sostenía que era necesario desintegrar el frente capitalista, abriendo una brecha entre Estados Unidos, Inglaterra, Francia, etc. Esta era la postura de “todos los partidos pequeño burgueses del mundo” y del país (es decir, los partidos comunistas), y también de algunos grupos trotskistas, “o mejor dicho pseudotrotskistas”. Frente a esta posición, Frondizi sostenía “la necesidad de luchar contra el imperialismo yanqui, luchando contra el sistema capitalista y pasando a la revolución socialista”. Consideraba que ello era factible “por el estado crítico, de putrefacción, en que se encuentra el sistema y la toma de conciencia de las masas mundiales”.⁵⁵ Frondizi se abstiene de toda precisión acerca de cómo se daría esa lucha doble del proletariado contra el imperialismo y la burguesía nacional y qué significaba la toma de conciencia de las masas mundiales para la revolución socialista en un país semicolonial.

El stalinismo argentino, el PC, idealizaba a la burguesía nacional y rehuía la lucha antiimperialista. Al caracterizar a la Argentina como un país atrasado la asimilaba con la Rusia zarista sin advertir, dice Frondizi, las diferencias entre ambos casos: en primer lugar, el distinto desarrollo del capitalismo mundial, que había llevado a la concentración del capital y a “la putrefacción del sistema” (Frondizi no define este concepto, pero sin duda parece indicar su

⁵⁴ Frondizi (1960), 81.

convencimiento de la inminencia del colapso capitalista); en segundo lugar, la dimensión territorial de Rusia; y en tercer lugar, el atraso económico y la ausencia de un sistema político democrático burgués había hecho que el capitalismo, para Lenin, fuera progresista en Rusia.⁵⁶ El stalinismo, continúa Frondizi, ignoraba esas diferencias y concluía que la revolución democrático burguesa era necesaria en la Argentina. Como esa tarea debía ser cumplida por la burguesía nacional, a la que asignaba intereses contrapuestos al imperialismo, distinguía entre la burguesía terrateniente y la industrial y dentro de ésta, el sector entregado al imperialismo y el progresista.⁵⁷

Frente a esa posición, Frondizi sostenía que aunque el país no estuviese maduro para el socialismo, sí lo estaba la economía mundial, que era ‘la que determinaba la posibilidad de realización de la revolución socialista en un país determinado’.⁵⁸ Resulta paradójico, sin embargo, que la consideración de la economía mundial lo lleve a la autonomización (y nacionalización) de la revolución socialista: en la medida en que las condiciones mundiales estaban dadas, la revolución era posible en cualquier país, inclusive en la Argentina. Pero, ¿cómo operaría otro factor clave, la acción de las masas, para llegar a la revolución?

A Frondizi le cuesta descender del plano de la teoría al de la acción política, aquel en el cual debería ocurrir cuanto establece teóricamente: le basta la comprobación teórica de que la clase obrera debe realizar las tareas de la revolución democrático burguesa, pero no analiza de qué manera la clase obrera realmente existente en la Argentina llevaría a cabo esa doble revolución. Esto era grave desde el punto de vista de la práctica política: es difícil ir más allá de los claustros universitarios sólo con conceptos teóricos. Pero más grave aún es su propia

⁵⁵ Id., 82.

⁵⁶ Id., 84-85.

⁵⁷ Id., 86-90.

⁵⁸ Id., 84.

inconsistencia teórica: ¿cómo sucedería esa doble revolución en los países, como muchos de América Latina, con un proletariado débil y desorganizado?.

Es posible que tales inconsistencias prácticas y teóricas hayan pasado desapercibidas para los lectores de *La realidad argentina* porque Frondizi ofrecía algo novedoso que llamaba mucho más la atención: su crítica al PC, mucho más allá de la que cualquiera de sus contemporáneos había esbozado hasta entonces. Críticas no faltaban, pero ninguna de las existentes calaba tan profundo como la de Frondizi. A diferencia de Ramos, que atacaba al PC desde una perspectiva trotskista tradicional, por su stalinismo y por no cumplir con la función de partido de clase, y a diferencia de Puiggrós y de Buezas, que atacaban a la dirección del PC, pero no al stalinismo ni a la Unión Soviética, la crítica de Frondizi al PC era doble: por un lado, por su carácter de agente del stalinismo; pero por otro, más importante aún, por los virajes y las contradicciones en su posición frente a la realidad argentina y, fundamentalmente, frente al peronismo, que no eran necesariamente consecuencia de su stalinismo.

Acerca del primer aspecto de su crítica, Frondizi no se diferencia mayormente de lo que podían decir los trotskistas sobre el stalinismo en cuanto a la burocratización y al abandono de la idea de la revolución mundial en favor de la construcción del socialismo en la Unión Soviética. Pero sí hay una diferencia notable, más por omisión que por acción, respecto del papel, para él casi nulo, de la Unión Soviética en la revolución de los países semicoloniales. El campo socialista existía y en él había surgido una nueva voz, China, que según Frondizi aun no se hacía escuchar en la Argentina (allí detiene su análisis del papel de China), pero su explicación de la revolución en los países semicoloniales pasa por la relación de estos con el imperialismo, mientras que los países socialistas son solamente un dato de la realidad contemporánea. Frondizi no abandona la idea de la revolución mundial, pero ésta ya no era conducida por la III Internacional ni por la

Unión Soviética, ni siquiera por China, sino que era más bien un proceso global de lucha entre el imperialismo y el proletariado, cuya expresión nacional no diferenciaba. Por omisión, Frondizi otorga autonomía a cada proceso revolucionario nacional, pero lejos de enfatizar la particularidad de cada uno de ellos (aun sin entrar en los componentes culturales podría haber prestado atención a la diferente composición de clase de cada país, por ejemplo), ese proceso se repetiría en todos sin matices diferenciales. Por eso el análisis del caso argentino servía para los otros países semicoloniales latinoamericanos. Esta primera crítica de Frondizi al PC revela ya los rasgos salientes de su visión de la revolución, que su segunda crítica contribuye a precisar.

Acerca del segundo aspecto de su crítica, la posición de Frondizi es más novedosa y también más incisiva. Como otros críticos, tanto trotskistas (Ramos) como stalinistas (Puiggrós y Buezas), Frondizi critica al PC por su distancia de Marx y, como ellos, vuelve a los textos de los fundadores del marxismo para mostrar el desvío respecto de sus posiciones y enseñanzas. Pero a diferencia de ellos, analiza los documentos del PC para mostrar también sus cambios de posición frente a la realidad argentina y las contradicciones en que había incurrido. La crítica más detallada de la posición del PC, la de Buezas, es contemporánea de la de Frondizi: ambos escribieron sus libros al mismo tiempo, entre 1953 y 1954, tras el caso Real, y también los publicaron sin actualizarlos al mismo tiempo, en 1956, tras la caída de Perón.⁵⁹ Pero mientras Buezas se consideraba dentro del PC y reclamaba la reunión de un congreso extraordinario para remover a la dirección que según su erudito análisis había traicionado al marxismo, Frondizi estaba claramente afuera del PC y no reclamaba nada a su dirección. La crítica de Buezas se basa en el análisis del documento de Codovilla que sirvió para fundamentar la expulsión de Real, ‘Defender la línea independiente del partido para construir el frente de la democracia, la independencia

⁵⁹ Buezas (1956). También de 1956 es la crítica de Puiggrós al PC, en su *Historia crítica de los partidos políticos*

nacional y la paz”, mientras que la crítica de Frondizi lo hace en documentos publicados entre 1945 y 1953, desde *Batir al naziperonismo* hasta ese mismo documento.⁶⁰ Más que enfatizar la escasa adhesión al marxismo de la dirección del PC, como lo hace Buezas, Frondizi ataca al PC mismo, sin diferenciar entre dirección y partido. Frondizi no cuestiona a la dirección del partido por haber traicionado su misión histórica, sino que cuestiona la idea misma de partido. No lo dice con todas las palabras, porque enfrentarse con la idea del partido leninista era demasiado osadía, aun para quien se sentía en un pie de igualdad con los grandes teóricos del marxismo, pero esa idea está completamente ausente en la visión de Frondizi del camino hacia la revolución socialista.

La crítica de Frondizi se extendía a las otras organizaciones de la izquierda argentina, como el Movimiento Obrero Comunista (MOC) y los varios grupos trotskistas, ya que su posición también se diferenciaba, en mayor o menor medida, de la de todas ellas. Su crítica no era la misma respecto de unos y otros: mientras que no encontraba otra divergencia entre el MOC y el PC que acerca de “cuál de los dos sectores de la burguesía nacional debe ser el amo: la oposición o el peronismo”,⁶¹ se sentía más próximo a los grupos trotskistas, excepto el grupo Octubre, dirigido por Jorge Abelardo Ramos, que defendía la alianza con la burguesía nacional contra el imperialismo y, en consecuencia, apoyaba incondicionalmente al peronismo, del que sus miembros eran “simples agentes”.⁶²

Frondizi criticaba tanto al trotskismo en sí como a los grupos trotskistas argentinos. En cuanto al primero, señala que por haber nacido como apéndice del leninismo, en condiciones similares, aunque opuestas, al stalinismo, no había realizado un replanteo a fondo de la situación mundial contemporánea. Aunque aceptaba de Trotsky la teoría de la revolución permanente,

argentinos, pero su análisis se detiene en 1939.

⁶⁰ Codovilla (1946) y (1953).

⁶¹ Id., 91.

Fronidzi no reivindicaba todo su legado a libro cerrado. Para Frondizi, el trotskismo era la antítesis del stalinismo, pero no una síntesis superadora. El sectarismo, que era uno de sus vicios principales, hacía que se opusiera al “tremendo ascenso revolucionario de las masas mundiales, que están universalizando su alcance y su acción”.⁶³ Con o sin ascenso revolucionario de las masas en la Argentina, también en ella estaba presente el sectarismo.

Dentro del fragmentado trotskismo argentino, dejando de lado al grupo de Ramos, se detiene en la crítica de las posiciones del Grupo Cuarta Internacional (GCI), entonces llamado Partido Obrero Revolucionario (Trotskista), o POR (T), dirigido por J. Posadas; del Partido Obrero Revolucionario (POR), antes llamado Grupo Obrero Marxista y que entonces ya había adoptado el nombre Palabra Obrera, pero siempre dirigido por Nahuel Moreno; y del Grupo Unión Obrera Revolucionaria (GUOR).

El GCI, aunque para Frondizi estaba bajo la influencia ideológica de Octubre, no apoyaba incondicionalmente al peronismo. Entendía que las clases dominantes se dividían en dos sectores antagónicos: la oligarquía y burguesía industrial. La primera dependía del imperialismo y era su agente y la segunda se oponía al imperialismo porque abogaba por la industrialización y la conquista del mercado interno. A todos los unía el temor al proletariado, lo que limitaba las posibilidades de lucha antiimperialista de la burguesía industrial, cuyo gobierno era el peronismo.

El POR, dice Frondizi, seguía, sin confesarlo, su teoría de la integración. Sostenía que la Argentina era un país atrasado y semicolonial, dominado por el imperialismo inglés hasta los años treinta, cuando había crecido la influencia del imperialismo yanqui. No veía divisiones en las clases explotadoras, sino una estrecha vinculación de intereses económicos entre el sector terrateniente y el industrial y entre ambos con el imperialismo. El sector industrial dependía de los capitales

⁶² Id., 91, 95.

imperialistas, cuyo dominio sobre el país se había incrementado con la industrialización, por lo que la burguesía no existía como clase independiente. Al no reconocer a la burguesía nacional un carácter dinámico propio, dice Frondizi, era incapaz de comprender el papel del peronismo en la vida política argentina, que él había caracterizado distinguiendo entre la burocracia política y sindical (la pornocracia), por un lado, y el movimiento obrero, por otro.⁶⁴

Finalmente, el GUOR, un grupo que según Frondizi se encontraba muy disminuido, expresaba una posición bastante cercana a la suya. La burguesía, que era una clase con intereses específicos de cuya defensa se encargaba el gobierno, oscilaba entre un imperialismo y otro, lo que demostraba que tenía suficiente autonomía como para variar de amo. No era agente del imperialismo, sino socia y rival; facilitaba la penetración del imperialismo pero sus intereses chocaban con los de él. Aunque Frondizi no lo dice, de esto se desprende que el GUOR podía entender el papel del peronismo, pero también quedaba la puerta abierta a una alianza con la burguesía nacional, que para Frondizi era imposible porque ella había fracasado en completar la revolución democrático burguesa.

Frondizi se diferenciaba de todos esos grupos en su concepción del partido, en su interpretación del peronismo, y en su idea acerca del camino hacia la revolución socialista. Todos los grupos trotskistas aceptaban el modelo leninista del partido, mientras que Frondizi era crítico de ese modelo.⁶⁵ Para todos los grupos trotskistas el peronismo era una expresión de la burguesía nacional, sobre cuyo grado de autonomía frente al imperialismo no estaban de acuerdo. A

⁶³ Id., 92.

⁶⁴ Id., 98.

⁶⁵ La contra crítica del trotskismo a Frondizi respecto del concepto de partido se encuentra en un folleto de Milcíades Peña, 'Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi', publicado en 1956. Peña caricaturiza la posición de Frondizi diciendo que se reservaba el papel de instructor o entrenador revolucionario, como "una especie de Guillermo Stábile [el director técnico del seleccionado argentino de futbol en esos años] del futuro seleccionado revolucionario latinoamericano". La crítica de Peña apunta, sin embargo, hacia la postura intelectual de Frondizi, a quien acusa de tomar todas sus posiciones fundamentales del

diferencia de ellos, Frondizi distinguía dos momentos en la relación entre la clase obrera y el peronismo y dos papeles para la clase obrera: un primer momento, de apoyo al régimen, en que la clase obrera había participado, en el que podían señalarse aspectos positivos, como el desarrollo de la conciencia de clase; un segundo momento, de retiro de ese apoyo, y en consecuencia de lo anterior, de creciente autonomía, en el que establecía una diferencia entre la clase obrera y el régimen, la pornocracia. Finalmente, la principal diferencia estaba, como consecuencia de las diferencias anteriores, en la visión del camino hacia la revolución socialista.

4. La revolución socialista

La revolución socialista se daría, para Frondizi, a la manera de un fenómeno natural, por la acción espontánea de las masas. No lo explicita con estas palabras, pero mientras que se detiene en el análisis de la condición revolucionaria o no de la burguesía nacional, tanto para discutir con el PC como con los grupos trotskistas, no presta atención alguna a la manera como la clase obrera tomaría el poder. Los stalinistas y los trotskistas tenían al respecto una visión común, ya que para ambos el partido leninista era un actor clave en la revolución socialista. Pero Frondizi escribe 580 páginas, treinta de ellas sobre el problema de la toma del poder, sin dedicarle más de tres líneas a la cuestión del partido: la “entrega” del stalinismo obligaba a sustituirlo por “una fuerza revolucionaria que cumpla la tarea histórica de transformar la sociedad burguesa en la sociedad socialista”.⁶⁶ Esta afirmación parece el prólogo del análisis de esa fuerza, pero Frondizi lo elude. Su análisis de la toma del poder se mantiene en un plano puramente teórico: Marx, Engels, Lenin, para finalizar con Rosa Luxemburg, pero en ningún momento ataca el problema concreto de cómo tomar el poder en los países semicoloniales, entre ellos la Argentina, salvo para criticar, en

trotskismo, pero sin aceptar la disciplina de “la vanguardia combatiente del proletariado”. Cf. Tarcus (1996), 157.

la última de las 33 páginas dedicadas al tema, las desviaciones del stalinismo.⁶⁷ La última de las muchas y largas citas incluidas en esas páginas es de Rosa Luxemburg, que señala, criticando al revisionismo, que la toma del poder sería la consecuencia de las luchas del proletariado, por lo que no había nada “prematureo” en esa lucha. Tras leer la cita sólo cabe preguntarse cuáles eran las luchas del proletariado argentino y cómo lo llevarían al poder, pero Frondizi no da respuesta a una pregunta que ni siquiera se hace.

El análisis de la revolución socialista queda en un plano teórico, pero en un plano teórico bastante ingenuo: quiere demostrar la necesidad de la revolución socialista más que explicar cómo llevarla a cabo. Los otros escritores marxistas argentinos contemporáneos, ya se tratase de Codovilla, Ramos, Astesano, Puiggrós o Buezas, tenían alguna respuesta para esa pregunta. Podían diferir en cuanto a su análisis del papel de la burguesía nacional y en cuanto al camino hacia la revolución o a la etapa del mismo que se estaba transitando en el momento en que escribían, pero todos tenían alguna respuesta acerca de cómo se produciría ese tránsito en la Argentina, que fundamentaba sus posiciones políticas. La acción política de Frondizi, limitada a las capillas universitarias, no parece haberse visto frente a una demanda de explicación del papel que cumpliría la clase obrera real de la Argentina, es decir la clase obrera peronista, en el camino hacia la revolución socialista. Esto se debía en parte a que Frondizi diferenciaba al peronismo y a la clase obrera: aquél era un régimen demagógico, ésta era un actor histórico. Para Frondizi no había una clase obrera peronista, sino un régimen demagógico que había captado temporariamente la adhesión de la clase obrera. En esto no se diferenciaba del PC ni de los otros marxistas: el régimen era un fenómeno efímero; la clase obrera, uno permanente. Puede pensarse que seguía a Rosa Luxemburg en su crítica al concepto leninista del partido revolucionario y en su énfasis en la

⁶⁶ Frondizi (1960), 218.

espontaneidad de las masas, pero aun cuando de alguna manera se inspirase en ella (no hay ninguna referencia a la huelga general como instrumento central de la lucha de clases, por ejemplo, que podría haberlo acercado algo más al pensamiento de la dirigente polaca), Frondizi creía que las masas solas, sin dirección, no producirían la revolución.⁶⁸ Su tarea política y la que proponía a sus seguidores era construir esa dirección.

Fronidzi debía dar una respuesta en el plano de la acción si quería suscitar la adhesión de otros a sus posiciones políticas. Para él estaban dadas las condiciones objetivas de la revolución socialista pero, invirtiendo los términos en que el PC veía a la realidad argentina, no las condiciones subjetivas: faltaba la conciencia de clase y la ‘capacidad organizativa de lucha’, como resultado de ‘la inexistencia de una dirección consciente’.⁶⁹ En consecuencia, su respuesta era ‘más que la agitación incontrolada de las masas, de corta duración y poco efecto... la formación de cuadros medios obreros, manuales e intelectuales, que pueden llegar a ser los grandes conductores sociales de mañana’.⁷⁰ Frondizi, apartándose así de Luxemburg, asigna un papel clave a la acción individual, pero esa acción estaba limitada por la dinámica de la lucha de clases. Su tarea de formación de cuadros era para que ‘si algún día llega el ascenso revolucionario en el país, no se irá al fracaso, tal como sucedió en otros países, como Bolivia, por ejemplo, en el que las condiciones objetivas estaban maduras y poco y nada se hizo por la ausencia de una dirección numerosa y consciente’.⁷¹ Cita reveladora: ‘si algún día llega el ascenso revolucionario’, es decir, que ese proceso era ajeno al trabajo de la dirección, pero que ella debía prepararse para ese día que, además, de una manera demasiado alejada de la certidumbre marxista acerca del sentido de la

⁶⁷ Id., 185-218.

⁶⁸ Sobre Rosa Luxemburg, véase Kolakowski (1982), 66-100, esp. 86-91 sobre el partido y la toma del poder.

⁶⁹ Frondizi (1960), 226. Tarcus señala que al subrayar la madurez de las condiciones objetivas y la inmadurez de las subjetivas Frondizi sigue al ‘Programa de transición’ de Trotsky. Cf. Tarcus (1996), 125.

⁷⁰ Id., 226-227.

⁷¹ Id., 227.

historia, podría no llegar nunca. La tensión que esa frase genera entre ‘el ascenso revolucionario’, que sería producto de la acción de las masas, y la ‘dirección numerosa y consciente’, que estaría constituida por individuos,⁷² ya que no se menciona a una organización que los agrupe y jerarquice, se resuelve en favor de las masas. ‘El primer requisito de una dirección consciente reside’, dice Frondizi acercándose nuevamente a Luxemburg, ‘en la firme creencia en la jerarquía de la masa obrera y en la necesidad de acatar los dictados de la magnífica capacidad creadora de las masas populares’.⁷³ Lenin podía caer en éste y otros excesos retóricos, pero ellos no impedían el desarrollo de su idea del partido como el estado mayor de la revolución. Frondizi creía, en la medida en que el partido está ausente de su análisis, que puede construirse una dirección tal como la que propone, que en lugar de preparar la revolución quedaría a la espera de que la lucha de clases llegara hasta un punto en que debería actuar para evitar que la masa perdiera su rumbo. Entonces, surgía otro problema tanto de carácter práctico como teórico que Frondizi no advierte: ¿cómo hacía esa dirección para determinar el momento en que debía actuar?, ¿hasta cuándo debía dejar actuar a las masas por sí mismas y en qué momento debía interferir para dar sentido a la lucha de las masas?. Cualquier intento de poner en práctica esta idea no podía llevar más que a una espera interminable, con las consecuencias imaginables para la capacidad de acción política de una dirección tan pasiva.

Frondizi dedica una línea más al partido revolucionario, pero ella no es menos desconcertante. Al analizar las tareas inmediatas de la nueva sociedad, es decir, aquella que surgiría tras la revolución, dice que la primera de ellas, la lucha contra el imperialismo, sólo podría

⁷² ‘La comprensión de carácter dinámico y dialéctico indicada es la condición fundamental de todo conductor revolucionario’. No importa cuál es esa comprensión que requiere Frondizi, pero sí su individualización de esa figura ausente en otros marxistas: ‘el conductor revolucionario’. No es el partido, sino individuos conscientes, quienes encauzarán, pero no generarán, el proceso revolucionario. Id., 235.

⁷³ Id., 227.

ser realizada ‘por un partido que se fundamente en clases, como el proletariado y la pequeña burguesía pauperizada, que por su misma posición escapen a la red de intereses económicos del imperialismo’.⁷⁴ El partido de clase, entonces, surgiría en medio de la lucha revolucionaria. Antes estaba la acción de las masas y la conformación de una dirección: ambas, se supone, se encontrarían en el momento del ‘ascenso revolucionario’ y de ese encuentro nacería el partido de clase. Siempre en el plano teórico, ya que nunca explica Frondizi cómo se produciría el encuentro y el nacimiento en un caso concreto, ni cuál era la situación de las masas y de la dirección, es decir, cuál era la probabilidad de ese encuentro, en el caso concreto de la Argentina.

La revolución socialista era, para Frondizi, la única salida para evitar que, tras el abandono del peronismo por la clase obrera y el apoyo que en su reemplazo él creía que le daría la pequeña burguesía radical, surgiera un fascismo clerical o falangismo. El socialismo era la única salida por el fracaso de la burguesía nacional, es decir del peronismo, que era su gobierno, en cumplir con las tareas de la revolución democrático burguesa. El proletariado debía entonces asumir la tarea de completar la revolución democrático burguesa, al mismo tiempo que debía comenzar la construcción del socialismo. Para determinar la probabilidad de que eso sucediera, Frondizi prestaba atención no a las luchas efectivas del proletariado argentino, a las que omitía referirse, sino a una situación mundial que creía madura para la revolución socialista por la integración de la economía mundial bajo el predominio del imperialismo norteamericano. Por la presencia imperialista en la Argentina y en América Latina pensaba que cuanto decía para la primera era válido para la segunda, y que el dominio imperialista se rompería por el eslabón más débil, que no identificaba con precisión. De esta manera, Frondizi asignaba un gran poder al imperialismo a la hora de atacar, pero ninguno a la hora de defenderse. No hay, en efecto, ninguna consideración en

⁷⁴ Id., 238.

su visión del proceso revolucionario acerca de la posibilidad de una reacción imperialista, a pesar de que había mencionado al “terco capitalista” como uno de los factores que contribuyeron al viraje de la política revolucionaria soviética respecto de la revolución mundial. ¿Daba por descontada esa reacción? No hay indicio alguno en tal sentido.

Más difícil es explicar la falta de consideración de las diferencias nacionales dentro de América Latina y las consecuencias que ellas podrían imponer en el camino de la revolución socialista. Frondizi no ignora (pero tampoco enfatiza) las diferencias entre los países de América Latina, ya que al considerar la reforma agraria señala las existentes entre la situación rural de la Argentina y la de Perú y Bolivia. Frondizi, sin embargo, pensaba que los países de América Latina podían verse reflejados en el caso argentino de una manera que remite al Marx más mecanicista, repitiendo las mismas palabras, *de te fabula narratur*, del prólogo al primer tomo de *El Capital*. La consideración de esas diferencias nacionales lo hubiese llevado necesariamente a la de la distribución de las revoluciones a lo largo del tiempo, con la consecuente reacción imperialista. Pero ¿por qué pedirle a Frondizi la consideración de diferencias que la siguiente generación de revolucionarios, que trató de reproducir la revolución cubana, también se empeñó en ignorar?

La revolución socialista sería, para Frondizi, el resultado de la acción de las masas, siempre que fuesen encauzadas en el momento oportuno por una dirección revolucionaria. Las masas habían sido peronistas, pero eso no las condicionaba de ninguna manera. La acción que las llevaría a la situación revolucionaria (Frondizi no usa este lenguaje) era completamente independiente de ese apoyo que en el pasado había prestado a la pornocracia. La revolución socialista era, por lo tanto, un proceso completamente ajeno al peronismo. El peronismo no pasaba de ser sino una vía muerta hacia una, imposible para Frondizi en los países semicoloniales en la época de la integración, revolución democrática burguesa.

Conclusión

Fronzizi interpretó al peronismo desde la perspectiva de su teoría de la integración. Según ésta, la economía mundial se había unificado bajo el predominio del imperialismo norteamericano, por lo que las condiciones objetivas de la revolución estaban presentes en la Argentina y América Latina. Esa revolución no podía ser sino la revolución socialista, porque la burguesía nacional había fracasado, al menos en la Argentina, en su último intento de revolución democrático burguesa, que había sido el peronismo. El peronismo era un régimen bonapartista, integrado por una burocracia autonomizada, que representaba a la burguesía nacional. Aunque también caracteriza al peronismo como demagogismo y dictadura policial (pero no clasista), encuentra que tiene aspectos positivos y negativos. Los aspectos positivos eran la integración de la masa a la vida política y el desarrollo de su conciencia de clase. El peronismo tras su fracaso en concretar la revolución democrático burguesa estaba siendo abandonado por la clase obrera y tras ganar el apoyo de la pequeña burguesía se deslizaría hacia el fascismo clerical o falangismo. La solución para esto era la revolución socialista.

Fronzizi deja muchos hilos sueltos en su explicación. En primer lugar, no aclara cómo un régimen bonapartista, demagógico y policial podía desarrollar la conciencia de clase de la masa (no hay en su lenguaje una distinción clara entre los conceptos de masa y clase obrera, que usa de manera aleatoria). En segundo lugar, no explica por qué la masa estaría abandonando al peronismo, ni por qué (salvo por el temor a la clase obrera) ese régimen bonapartista, demagógico y policial atraería a la pequeña burguesía. En tercer lugar, su creencia en un capitalismo putrefacto, al borde de la catástrofe, le impide advertir ninguna vía intermedia entre el falangismo y el socialismo. En cuarto lugar, sus argumentos en favor de la revolución socialista son teóricos,

pero hay una completa ausencia de toda consideración de política práctica. En quinto lugar, su visión de la revolución socialista difiere de la de los stalinistas y trotskistas por la ausencia del partido revolucionario, pero no cree tampoco que la sola acción espontánea de las masas pudiera concretarla.

El peronismo, finalmente, no era para Frondizi, al igual que para los otros escritores marxistas contemporáneos, más que el régimen peronista. Había fracasado en completar la revolución democrático burguesa y no era una revolución nacional. Para él la revolución nacional no era un concepto que pudiese señalar una manera particular de llegar a la revolución socialista. De hecho, al equiparar la situación de todos los países frente al imperialismo, al señalar que las condiciones objetivas estaban dadas y que sólo faltaban las subjetivas, estaba autonomizando y nacionalizando el camino hacia la revolución socialista y eliminando la idea de una revolución mundial, que sólo se produciría, cabe suponer, por la sumatoria de revoluciones en cada país. La revolución podía darse en cualquier parte, ya que si ella dependía de las condiciones subjetivas, en definitiva dependía de la acción de las masas y del trabajo del trabajo preparatorio que los revolucionarios hubiesen hecho para no dejar escapar la oportunidad cuando se produjera lo que él llamaba "el ascenso revolucionario". Pero no hay ninguna idea acerca de cuáles podían ser los factores que aceleraran o retrasaran la revolución en un país dado.

El peronismo no jugaba ningún papel, ni positivo ni negativo, en el camino de la revolución socialista en la Argentina: ella pasaba por otra parte. Si el peronismo había incrementando la participación política de la masa y le había desarrollado la conciencia de clase, Frondizi pensaba que la masa, por razones que no explica, lo estaba abandonando. El peronismo era el régimen y la clase obrera, la clase obrera, con su misión histórica. La revolución socialista

se produciría por la acción de la masa, en la que los aspectos que había reconocido como positivos en el peronismo no habían dejado para él huella alguna.

Fronzizi era un escritor informado, quizás mucho más informado que otros contemporáneos, pero no sistemático. Aunque daba apariencia de conocer la realidad, su conocimiento provenía de los libros y no de la práctica política. Esta le era completamente ajena. Carecía de los códigos comunes que unían a escritores tan diversos como Codovilla, Ramos, Astesano, Puiggrós, Buezas y Esteban: todos ellos estaban dentro de una misma tradición política, generada a lo largo de décadas de enfrentamientos entre stalinistas y trotskistas, que sus organizaciones mantenían viva al tener que diferenciarse unas de otras no sólo teóricamente, sino también en el trabajo político cotidiano. La necesidad de transformar las posiciones teóricas en línea política práctica los obligaba a mantener una continuidad argumentativa que no se encuentra en Fronzizi, quizás porque su experiencia política era, hasta el momento en que escribió *La realidad argentina*, nula (y luego sería muy breve). Fronzizi era, en este sentido, lo opuesto de Codovilla: este apegado a una línea política para la que exigía tanto respeto como para la teoría; aquél solo apegado a la teoría y sin la menor idea de como transformarla en línea política.

La peor de las imprecisiones de Fronzizi, desde el punto de vista de sus propias perspectivas políticas, no residía en las lagunas de su razonamiento respecto de la posibilidad de la revolución socialista y del trabajo político a ella conducente. Residía, por el contrario, en su visión de la actividad política como una tarea de formación de cuadros a la espera de que el ascenso revolucionario de las masas los convocara, en un momento impreciso, a la acción. Ese enfoque de la acción política, Fronzizi no lo advertía, se compatibilizaba mejor con un concepto leninista del partido y de la revolución que con uno inspirado en Rosa Luxemburg. Ella, al menos, no esperaba nada de esa dirección y lo esperaba todo de la acción misma de las masas, a la que la dirección no

podía sustituir ni orientar. Para ella no había otro camino a la revolución que la acción en el seno de las masas, sin diferenciarse de ellas y sin imponerles un liderazgo ajeno a ellas mismas. Frondizi se diferenciaba así de Rosa Luxemburg en esa desconfianza última en que las masas pudiesen orientarse a sí mismas, sin la ayuda de los cuadros formados por él, sin la participación en última instancia de un conductor revolucionario que no podía ser sino él mismo.

La egolatría podía ser una condición necesaria en la actividad política de una izquierda que en la Argentina de los años peronistas no dejaba de ser marginal, pero entre los ególatras Frondizi pecaba de soberbia. Aunque logró constituir una organización política en torno de sí, ella tuvo una vida breve y su liderazgo fue más breve aún.

Referencias

Amaral, Samuel. ‘Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Comunista, 1947-1955’, *Investigaciones y Ensayos*, 2000, N° 50, 171-194.

Amaral, Samuel. ‘La experiencia de la libertad: Gino Germani y el significado del peronismo’, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Carlos S.A. Segreti”*, 2002-2003, N° 2-3, pp. 263-283.

Broué, Pierre. *Histoire de l’Internationale Communiste. 1919-1943*. Paris: Fayard, 1997.

Buezas, Adolfo. *Comunismo; oportunismo y liberación nacional*. Buenos Aires: Liberación Nacional, 1956.

Codovilla, Victorio. *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*. Buenos Aires: Anteo, 1946.

Codovilla, Victorio. *Defender la línea independiente del partido para construir el frente de la democracia, la independencia nacional y la paz. Segunda parte del informe rendido ante el Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, realizado en los días 6, 7 y 8 de febrero de 1953*. Buenos Aires: Anteo, 1953.

Frondizi, Silvio. ‘La crisis política argentina. Ensayo de interpretación ideológica’. Buenos Aires: ADI, 1946.

Fronidzi, Silvio. ‘La integración mundial, última etapa del capitalismo (respuesta a una crítica)’. Buenos Aires: ADI, 1947.

Fronidzi, Silvio. *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. I. El sistema capitalista*. 1ª ed. Buenos Aires: Praxis, 1955.

Fronidzi, Silvio. *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. I. El sistema capitalista*. 2ª ed. Buenos Aires: Praxis, 1957.

Fronidzi, Silvio. *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. II. La revolución socialista*. 1ª ed. Buenos Aires: Praxis, 1956.

Fronidzi, Silvio. *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. II. La revolución socialista*. 2ª ed. Buenos Aires: Impresiones El Sol, 1960.

Fronidzi, Silvio. ‘Interpretación materialista dialéctica de nuestra época’. En Fronidzi (1960), iii-xxxii.

Fronidzi, Silvio. ‘La crisis política argentina’. En Fronidzi (1958), 19 -62.

Fronidzi, Silvio. *Doce años de política argentina*. Buenos Aires: Praxis, 1958.

Galasso, Norberto. *La izquierda nacional y el FIP*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.

Germani, Ana Alejandra. *Gino Germani: del antifascismo a la sociología*. Buenos Aires: Taurus, 2004.

Germani, Gino. ‘La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo’, *Cursos y Conferencias*, 1956, vol. 48, N° 273, 153-176. [Incluido en Germani (1962), cap. IX].

Kolakowski, Leszek. *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución. II. La edad de oro*. Trad. Jorge Vigil. Madrid: Alianza, 1982.

Tarcus, Horacio. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Fronidzi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996.

Torre, Juan Carlos. ‘Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo’, *Desarrollo Económico*, 1989, vol. 28, N° 112, pp. 525-548.